

mente la mano izquierda, que no debe servir sino para ayudar á la derecha. »

5º DE LAS CONVERSACIONES CON LOS RELIGIOSOS. — He aquí lo que de ellas dice el Santo en uno de sus tratados espirituales : « Es necesario desterrar enteramente los discursos inútiles y todas las disipaciones que proceden de vanas conversaciones, y no hablan más que de aquellas cosas que pueden contribuir á la edificación de las almas. Hasta de las mismas cosas útiles y edificantes no debe hablarse sino con orden, es decir, en tiempo y lugar oportunos, y ésto sólomente por aquellos que tienen autoridad de hablar. En cuanto á los inferiores, no deben hablar sino cuando sus superiores se lo permiten. Está prohibido hablar á otros al oído, ó por medio de signos, y cuando se habla, ha de hacerse con tono de voz moderada y suficiente para ser escuchado.

6º DE LA ENTRADA EN EL MONASTERIO. — « Es absolutamente necesario, dice san Basilio, excluir á las mujeres de la entrada en los monasterios, y procurar que no todos los hombres entren indistintamente, sino sólo aquellos á quienes el superior conceda permiso ; porque ocurre con frecuencia que la libertad que se concede á toda clase de personas dá motivos á que se profieran y escuchen palabras inútiles, que á su vez producen pensamientos perniciosos. » De esta sabia precaución dá el Santo varias razones en sus *Constituciones monásticas*, siendo la principal el que las gentes del mundo son muchas veces injustas, y no desean ver á los religiosos sino para censurar su conducta, y poner de relieve los defectos que les parezcan descubrir en ellos, en vez de buscar su propia edificación.

Si alguna persona viene al monasterio y se dirige á un religioso para proponerle una cuestión, ordena el Santo en su regla que este religioso se dirija al superior, ó al que en sus ausencias lo represente, y que no resuelva por sí

mismo esta cuestión. Quiere también el Santo que, cuando los religiosos reciban una visita de las gentes del mundo, las exhorten á orar, y que con motivo de estas visitas no dejen sus trabajos, á no ser que lo reclame una razón poderosa, cual es el bien espiritual de las personas que vienen á visitarles.

Como entre aquel gran número de solitarios habrá algunas veces algunos que no observaban exactamente el retiro, ya porque estuviesen disgustados de su estado, ó ya por ligereza de espíritu, é iban rodando de monasterio en monasterio, dice san Basilio, que es necesario guardarse de ellos, « porque nada hay sólido, nada firme, nada regulado, nada prudente y sabio en el alma de esta clase de personas ; sino que todo es en ellos disipación de espíritu y corrupción de costumbres. Son ligeros, inconsiderados, mentirosos, hipócritas, y aduladores ; no saben dominar su lengua, ni someter su vientre á la templanza, y su espíritu está siempre disipado. » El Santo se extiende mucho en estos defectos, y concluye mandando que no hablen con ellos los religiosos de sus monasterios, tanto para impedir que éstos se perviertan, como para que esta separación les haga entrar en sí mismos por la saludable confusión que debe producirles.

Puesto que los religiosos han renunciado á todo, dejando el mundo, quería el Santo que los de sus monasterios no desearan ni procurasen las visitas de sus parientes, ni que se mezclasen en sus negocios temporales. Así lo manda expresamente en muchos pasages de sus *Ascéticas*, que sería muy largo exponer aquí.

7º DE LA SALIDA DEL MONASTERIO Y DE LOS VIAJES. — San Basilio dá muy excelentes instrucciones sobre esta materia. « Excusaos, dice á sus religiosos, excusaos, en cuanto os sea posible, de salir del monasterio, pues de esta manera evitareis la disipación de espíritu ; pero si teneis absoluta

necesidad de hacerlo, fortificaos con el santo temor de Dios, armaos con la caridad de Jesucristo, y despues que hayais terminado el asunto que os ha hecho salir, retiraos inmediatamente sin deteneros á tratar con el mundo.... Es preciso, dice también en sus *Constituciones*, no salir frecuentemente del monasterio bajo pretexto de visitar á otros religiosos: pues es un artificio de que se vale el enemigo de la salvación para destruir la regularidad y el órden de la vida que hemos abrazado. No quiere decir esto que yo exija que un religioso esté constantemente encerrado en su celda, como en una prisión, y que no pueda emprender viajes que sean de necesidad y que contribuyan al bién espiritual: pues, en algunas ocasiones, podrá visitar á religiosos de reconocida virtud, y cuyo ejemplo le sea muy util, siempre que estos viajes se hagan con moderación.

« Las visitas de caridad, dice el Santo en una de sus reglas, son muy agradables á Dios; pero el que quiere cumplir este deber, es necesario que practique lo que dice el Apóstol: *Vuestra conversación sea siempre sazónada con gracia, con sal, para que sepais como debeis responder á cada uno*: pero no conviene á nuestra profesión hacer visitas sólomente por razón de amistad ó de parentesco. »

A ningún religioso se permistía salir de la comunidad sin permiso del superior, y con más razón emprender un viaje, y el superior no debía permitirlo, sino cuando consideraba que no había detrimento para el alma, sino edificación en el trato con otras personas. Cuando los religiosos regresaban de sus viajes, estaban obligados á dar cuenta al superior de su conducta, el cual hacía un exámen riguroso de ella. « Cuando el que haya sido comisionado para hacer este viaje, dice, regresa al monasterio, se le hará dar cuenta de todos sus actos, de las personas con quienes haya tratado, de las conversaciones que haya tenido con

ellas, y hasta de sus pensamientos durante todo este tiempo; si ha pasado el dia y la noche en el santo temor de Dios; si se ha separado en alguna cosa de las instrucciones que recibió en el monasterio; si la agitación de los negocios le ha hecho caer en alguna falta; si la ha cometido por su propia negligencia, etc. »

8º DE LOS ENFERMOS Y DE LOS HOSPITALES. — La caridad de los principales Padres del estado monástico les movió á fundar en las inmediaciones de sus monasterios algunos hospitales, en que los religiosos asistían á los pobres con grande piedad. De ellos se habla en las *Ascéticas* de san Basilio; pero como este Santo no se proponía sólomente la curación corporal de los enfermos, sino que su principal objeto era curar sus enfermedades espirituales, recomienda muy encarecidamente que se tenga un grande cuidado de ellos, sobre todo de los que han tenido la desgracia de caer en la culpa. Pero si en lugar de sacar de ellos frutos de verdadera penitencia, tropieza el celo de los religiosos con la obstinación de los pecadores, ordena el Santo que se les despida.

Los religiosos enfermos eran asistidos por sus hermanos con todo género de consideraciones, con celo y paciencia. Así lo recomienda san Basilio en muchos pasajes de sus *Ascéticas*, que no exponemos aquí para no dar excesiva extensión á esta obra. Pero en una de sus grandes reglas pregunta, si podrán los religiosos, sin separarse de su instituto, servirse, cuando se hallan enfermos, de los remedios que prescribe la medicina, y responde en estos términos: « Cada una de las artes se ha establecido por una bondad especial de Dios para alivio de la debilidad de nuestra naturaleza: así, por ejemplo, la agricultura ha sido inventada para que la tierra produzca lo necesario para nuestro sustento, y el arte de fabricar telas para que tengamos con que cubrirnos. Otro tanto podemos decir de la

medicina. Si Adam no hubiese pecado, no necesitaríamos de la agricultura, ni de la industria, así como tampoco de la medicina, porque no habiéramos contraído enfermedades; pero una vez que prevaricaron nuestros primeros padres, todas estas artes son necesarias para nuestra existencia. Por otra parte, la tierra no produce casualmente yerbas que tienen la virtud de curar nuestros males, sino que se les ha dado la bondad divina para que contribuyan á nuestro bienestar. Todas las cualidades naturales que tienen las raíces, las flores, las hojas, los frutos, los jugos de las yerbas y de las plantas, así como los minerales, los animales y las aguas, las aprovecha el hombre para su alimento y curación. Pero debemos renunciar á los remedios que exigen demasiado costo é inquietud, y que nos obligan á pasar toda la vida en los cuidados corporales. »

« Cuando nos veamos obligados á acudir á la medicina, no le atribuyamos toda la virtud de nuestra curación, como si en este arte pusiésemos sólo nuestra confianza, y cuando nos hallemos privados de sus auxilios, esperemos que *Dios, que no permitirá que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas* ¹, nos asistirá misericordiosamente. Además, la medicina que está establecida para la salud del cuerpo, nos sirve de instrucción para procurar la del alma: pues así como para curar el cuerpo de los males que ha contraído, se necesita purgarlo de todo lo extraño y superfluo, así también para curar el alma, es preciso privarla de las superfluidades, y suministrarle todo lo que conviene al estado primitivo de inocencia, pues *Dios formó al hombre en la rectitud y justicia* ². »

San Basilio se extiende mucho en esta materia, y concluye con estas palabras, que hacen el elogio de la medi-

¹ I Cor. x, 14.

² Eccli. vii, 50.

cina y nos instruyen admirablement en lo que al alma se refiere. « Este arte, dice, me parece muy útil para llevarnos á la continencia, por lo mismo que prescribe que se cercenen las delicias, condena los excesos de la destemplanza, rechaza la diversidad de comidas y el esmero en su condimentación, como cosas nocivas y perjudiciales, y ensalza la indigencia como madre de la salud. »

La disciplina regular es el sostén, el alimento y la conservación de las virtudes. Es preciso, por lo tanto, que, despues de haber expuesto los diferentes puntos de observancia que contienen las *Ascéticas* y que había establecido en sus monasterios, fundándose en las reglas de los solitarios que le habían precedido, demos un compendio de las santas máximas que se hallan esparcidas en su obra sobre la práctica de las virtudes cristianas y religiosas.

1^a SOBRE EL AMOR DE DIOS. — De esta materia trata muy extensamente el Santo en la segunda cuestion de sus grandes reglas, y habla con esa elevación de pensamientos que procede de un corazón abrazado en el fuego divino. Grande pena nos cuesta no poder exponerla íntegramente. « La caridad que debemos tener hacia Dios, dice, es una cosa que no se enseña, así como no necesitamos de maestros para aprender á regocijarnos en la luz, á amar la vida y á querer á nuestros padres. Pero además se nos ha impuesto el precepto de amarle, y en el primer instante de nuestra creación hemos recibido la facultad de hacerlo, inclinación que no podemos ménos de sentir dentro de nosotros mismos, puesto que nos vemos arrastrados á amar todo lo bello y bueno. »

« Y ¿qué cosa hay más admirable que la belleza de Dios? ¿qué idea podemos formar en nuestro espíritu más grande que la de su magnificencia? ¿que deseos más impetuosos pueden concebirse que los que Dios hace nacer en un alma purificada de malicia, y que puede decir como

la Esposa de los Cantares: *Estoy herida de caridad?* Los brillantes esplendores de la divina belleza son inefables: no hay palabras que puedan describirlos, ni oídos capaces de comprenderlos. Comparadlos con la claridad de la estrella de la mañana, de la luna y del sol, y nada de esto nos dará una idea, ni aún aproximada, del esplendor de la gloria divina. Hay más distancia entre estas cosas y la verdadera luz, que entre las tinieblas de una noche tempestuosa y la claridad del sol en los esplendores del mediodía. »

« Esta belleza divina no es accesible á los ojos de la carne: sólo el espíritu es capaz de comprenderla, y cuando alguno de los Santos ha sido rodeado de este esplendor, ha dejado en el fondo de su corazón un aguijón tan penetrante, y le ha excitado un deseo tan vehemente de la otra vida, que se le ha hecho insoportable la presente. El amor de Dios es, pues, una deuda que tenemos que pagarle, y el mal peor que pueda acaecer á un alma es estar privada de él, y éste será el mayor tormento que tendrá que sufrir en el infierno. »

Hace san Basilio en sus pequeñas reglas tres preguntas sobre el amor de Dios: 1ª ¿Qué medida debe guardarse en este amor? A lo cual responde: es preciso elevarnos sobre nosotros mismos para hacer sólo su voluntad, sin proponernos otro fin, ni desear otra cosa que hacerlo todo por su gloria. 2ª ¿Como se llenan los deberes de este amor? y responde, que por una continua meditación de sus beneficios, acompañada de reconocimiento. 3ª ¿Cuales son las señales de nuestro amor á Dios? y dice que nuestro Señor Jesucristo nos las ha enseñado, cuando dice: *Si me amais, guardad mis mandamientos* ¹.

2º DEL CELO Y DEL FERVOR. — San Basilio habla de esta

¹ Joan. xvii, 7.

materia en muchos pasajes de sus reglas. 1º Dice que el relajado y negligente en el servicio de Dios podrá adquirir un santo ardor, si considera, por una parte, que Jesucristo mira todas sus acciones, y si reflexiona, por otra, sobre la amenaza que fulmina en el Evangelio contra el siervo perezoso, y sobre la esperanza de la inestimable recompensa que promete san Pablo en nombre de Dios, el cual ofrece premiar á cada uno según su trabajo. 2º Dice que las santas disposiciones con que hemos de servir á Dios son un deseo ardiente, insaciable, firme y constante de agradarle, el cual se adquiere con una sabia y continua meditación de su gloria, con sentimientos de gratitud y con el frecuente recuerdo de los beneficios que de su bondadosa mano hemos recibido. 3º Dice que el religioso que obra con fervor de espíritu es el que hace la voluntad de Dios con ardiente deseo y celo insaciable en la caridad de Jesucristo, y puede decir con el real Profeta, que se complace mucho en sus mandamientos ¹. 4º Un alma á la que Dios concede la gracia de estar siempre ocupada en su servicio, debe entrar en los mismos sentimientos de admiración del que decía: ¿Quién soy yo, y cual es la casa de mi padre, para que me hayais amado de una manera tan extraordinaria? y debe practicar lo que dice san Pablo: *Dando gracias á Dios Padre que nos hizo dignos de participar la suerte de los Santos en luz, que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado.*

3º *Del recogimiento y del silencio.* 1º La disipación del alma, dice san Basilio, procede del poco cuidado que pone en las cosas necesarias, y cae en la relajación y en la pereza cuando no atiende á la presencia de Dios, que sondea los corazones. 2º El medio más eficaz para conservar el recogimiento es entrar en los mismos sentimientos de

¹ Ps. cxi, s.

David, cuando decia : *Miraba yo siempre al Señor delante de mí, porque está á mi derecha, para que no sea yo conmovido.... Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas á los ruegos de ellos. Más el rostro del Señor sobre los que hacen cosas malas, para borrar de la tierra la memoria de ellos.* Se pierde fácilmente el recuerdo de Dios, cuando se olvidan sus beneficios y se cae en la ingratitud. 4º Señalando el Santo las ocasiones en que ha de hablarse, dice que nuestros discursos no deben versar más que sobre la virtud, y que hemos de hacerlo tan sólo cuando haya ocasión favorable, ajustando nuestras palabras á lo necesario, no diciendo cosa alguna que no contribuya á la edificación de nuestros oyentes, y rechazando todas las demás conversaciones como superfluas. Condena en absoluto todo género de bromas, y dice que, si en alguna ocasión se prescindiese de la austera gravedad que nos es propia, para decir alguna cosa agradable, es preciso que nuestro discurso vaya acompañado de gracejo espiritual y de sal evangélica. Preguntando, en fin, cuales son las palabras inútiles, responde, que lo son todas aquellas que de nada sirvan para el servicio de Dios, y á ellas se refería san Pablo, cuando decia : *Ninguna palabra mala salga de vuestra boca, sino sólo la que sea buena para edificación de la fé, de manera que dé gracia á los que la oyen* ¹.

4º *De la humildad.* Dice san Basilio que la humildad consiste en creer, según la regla del Apóstol ², que todos los demás se hallan sobre nosotros, y que todo hombre adquiere esta virtud acordándose de lo que dice Jesucristo : *Acordaos de mí, que manso soy y humilde de corazón* ³..... *...Todo el que se humillare será ensalzado* ⁴. Para adquirir

¹ Ephes. iv, 46.

² Philip. ii, 3.

³ Math. xi, 29.

⁴ Luc. vii, 21.

la verdadera humildad, es preciso humillarse de espíritu y de corazón en todas las ocasiones. A Dios solo debemos atribuir la causa y principio de todo lo bueno que hacemos, y esta disposición de espíritu producirá en nosotros la humildad, que es precisamente el tesoro de todas las virtudes.

Emplea el Santo un capítulo entero de sus *Constituciones* para enseñar á combatir la vana gloria, que es opuesta al espíritu de humildad. «Pues ella, dice, nos hace perder la corona despues del trabajo, tiende lazos á nuestra salvación, destruye el árbol de las más sólidas virtudes, cuyas ramas se elevan hasta el cielo. Cuando el demonio vé que una persona se ha consagrado á la penitencia, y se ha provisto de todo género de virtudes, procura excitarle tan violentas tempestades, que, sin un auxilio especial, cae en la desanimación. Cuando se apercibe de que un solitario se propone el cielo como término de su peregrinación por la tierra, distrae su espíritu con el deseo de la gloria humana. Huyamos, pues, de este vicio, que es como un audaz ladrón, que nos arrebatara las riquezas espirituales, como un enemigo que se afana por dar muerte á nuestras almas, y como un gusano que corroe todas las virtudes.

«Insistiendo en la humildad, pregunta san Basilio, si puede un inferior permitir que le preste algún servicio un superior, y responde que la misma humildad que mueve á este superior á servir á los demás, debe servir de regla á los inferiores para permitir que aquellos les sirvan en algunas ocasiones, como nos lo enseña el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, pues, en este caso, los inferiores manifiestan su humildad obedeciendo. «Toda contradicción, añade el Santo, supone cierta independenciam.» Preguntando en otro lugar, con cuanta humildad es preciso recibir la asistencia que prestan los hermanos, res-